

«Más sexy imposible.»

Entertainment Weekly

DIOSES ARDIENTES

APOLO Y
CASANDRA



KATEE
ROBERT

Más de 2.000.000 de libros vendidos.

mī

KATEE ROBERT

DIOSES ARDIENTES

Traducción de Ana Robla Vicario

m̄r ediciones martínez roca

Título original: *Radiant Sin*

© Katee Robert, 2023

Translation rights arranged by Taryn Fagerness Agency and Sandra Bruna Agencia Literaria, SL
All rights reserved

© por la traducción, Ana Robla Vicario, 2025

© Editorial Planeta, S. A., 2025

Ediciones Martínez Roca, un sello editorial de Editorial Planeta, S. A.

Avda. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona (España)

www.editorialplaneta.es

www.planetadelibros.com

Mapa del interior: © LokFung, © GreenTana, IstockPhoto / Getty Images, © Pingebat / 123RF y © Julia Dreams / Creative Market

Primera edición: julio de 2025

ISBN: 978-84-270-5428-8

Depósito legal: B. 10.576-2025

Composición: Realización Planeta

Impresión y encuadernación: Huertas Industrias Gráficas, S. A.

Printed in Spain - Impreso en España

La lectura abre horizontes, iguala oportunidades y construye una sociedad mejor. La propiedad intelectual es clave en la creación de contenidos culturales porque sostiene el ecosistema de quienes escriben y de nuestras librerías. Al comprar este libro estarás contribuyendo a mantener dicho ecosistema vivo y en crecimiento. En **Grupo Planeta** agradecemos que nos ayudes a apoyar así la autonomía creativa de autoras y autores para que puedan seguir desempeñando su labor.

Dirígete a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesitas fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puedes contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.

Queda expresamente prohibida la utilización o reproducción de este libro o de cualquiera de sus partes con el propósito de entrenar o alimentar sistemas o tecnologías de inteligencia artificial.



1 CASANDRA

Odio las fiestas, odio Olimpo y odio la política... no necesariamente en ese orden.

Si tengo suerte, puedo evitar dos de esas tres cosas durante una jornada entera, pero el día de hoy no se presenta halagüeño. Todo ha empezado esta mañana, cuando le he tirado el café encima a Apolo y le he dejado la camisa empapada. Un error tontísimo, que me habría costado mi trabajo si tuviera a cualquier otra persona de jefe. Apolo, en cambio, se ha limitado a esbozar una pequeña sonrisa, me ha asegurado que no ha sido culpa mía, sino suya, y se ha cambiado el traje por otro que guarda en su despacho para imprevistos.

Debería haberme gritado.

Ya llevo cinco años trabajando para él, y ni por esas dejo de pensar que en algún momento va a estallar. Apolo no es para nada perfecto —al fin y al cabo, es uno de los Trece que gobiernan Olimpo, y ninguno de ellos es un santo—, pero sin duda es el mejor del grupito. Jamás ha abusado de su poder sobre mí, nunca ha usado su posi-

ción de jefe como excusa para ser un déspota, ni siquiera me ha levantado la voz por mucho que la haya cagado de vez en cuando.

Es exasperante.

Me echo el pelo hacia atrás, consciente del sudor que me recorre la espalda mientras subo el último tramo de escaleras. El ascensor de la torre Dodona, por razones que se me antojan sospechosas, solo va hasta la mitad del edificio. Miro con furia el archivador que llevo en la mano. Debería haberme hecho la sueca cuando me he dado cuenta de que Apolo se lo había dejado en la mesa al salir corriendo a su reunión con Zeus. Es un hombre adulto, capaz de lidiar con las consecuencias de sus actos.

Pero es que... no me ha gritado.

Nadie que me conozca diría que soy una blanda (más bien que soy dura como una piedra), así que no tiene ningún sentido que haya cogido un taxi al centro de la zona alta para montarme en un ascensor que solo hace la mitad del recorrido y subir las quince plantas restantes a pata.

En tacones, por si fuera poco.

Me pasa algo en la cabeza, sin duda. A lo mejor tengo fiebre.

Me llevo la mano a la frente y me siento estúpida de inmediato: claro que la tengo caliente; acabo de hacer más ejercicio del que estaría dispuesta a hacer de forma voluntaria a menos que tuviera que huir para salvar la vida. E incluso en ese caso, creo que preferiría pelear antes que correr.

Maldigo por enésima vez entre dientes mientras empujo la puerta que da al pasillo donde se encuentra el des-

pacho de Zeus. Al salir, veo mi reflejo en el enorme espejo que hay al lado del ascensor.

—No, no.

Tengo el cabello pelirrojo aplastado, y hay una línea de sudor claramente visible bajo mis pechos (lo cual significa que debe de haber otra bajándome por la espalda). Estoy chorreando. Sin pensar, me enjugo la frente con el puño de la blusa, pero me arrepiento de inmediato, pues dejo un manchurrón de base de maquillaje en la tela. Debo de tener toda la cara hecha un cuadro. Parece como si me hubiera pillado un chaparrón, solo que no es lluvia, es sudor, y además estoy roja como un tomate.

—A la mierda. Tampoco necesita tanto el archivador. —Me giro hacia el ascensor, y justo entonces recuerdo que para huir tengo que bajar a pie las quince plantas que he subido. Me tiemblan los muslos de solo pensarlo. ¿O quizá me tiemblan por la subida?

¿Cuenta como accidente laboral si me caigo por las escaleras haciendo un recado que técnicamente no me han pedido hacer? Seguro que Apolo acabaría sintiéndose culpable de algún modo y pagándome las facturas médicas, pero, si me lesiono y no puedo trabajar, entonces no cobraría mi sueldo, y sin mi sueldo mi hermana pequeña no tendría dinero para comprar libros o material escolar o lo que sea que necesitas cuando vas a la universidad. No puedo arriesgarme a eso, aunque me cueste un rato de humillación.

—¿Casandra?

Maldigo entre dientes una vez más y me giro hacia la preciosa mujer blanca que recorre el pasillo hacia mí.

Ahora se llama Ares, pero solíamos conocerla como Helena Kasios. No diría que somos amigas, pero asistí a varias de las fiestas que montaba antes de convertirse en parte de los Trece. Para mí era un poco como ver a los animales en el zoo: me apostaba en una esquina, apoyada contra la pared, y observaba a los integrantes de las familias originales de Olimpo malmetiendo y fanfarroneando. He aprendido mucho desde los márgenes, casi lo suficiente para mantenernos a mi hermana y a mí a salvo de los lobos que acechan en esta ciudad.

Aunque, a decir verdad, Helena no está tan mal. Nunca es cruel si la amabilidad puede llevarla más lejos, y ha perfeccionado una fachada alegre y extrovertida que hace que la gente la tome por una frívola pero que yo he solido interpretar como una advertencia para no acercarme demasiado. Es imposible controlar los menesteres políticos como ella si no se tiene una inteligencia muy por encima de la media.

Pero eso era antes de que se convirtiera en Ares. Ahora no puedo dar nada por hecho. No estamos en el mismo nivel, por mucho que ambas seamos de alta alcurnia; después de todo, mi familia ha caído en desgracia y la suya gobierna Olimpo.

Ella ahora pertenece a los Trece, mientras que yo sigo siendo yo.

—Helena. Quiero decir, Ares. —Intento mantener un tono uniforme, pero aun así pronuncio su nombre con cierta aspereza—. ¿Qué haces aquí?

—Reunirme con mi encantador hermano. —Se encoge de hombros.

Es delgada, igual que su difunta madre, pero su vestido de tubo negro deja a la vista unos brazos claramente definidos. Tiene un aspecto distante, profesional e intocable, con el pelo castaño claro peinado a la perfección.

Me siento hecha un adefesio a su lado. Llevo más de una década sin desear tener un cuerpo delgado —he aprendido a amar mis curvas para contrarrestar el desánimo de toda esa gente que actúa como si su cuerpo no fuera más que la foto del «antes»—, pero cuesta no compararse con ella estando ambas tan cerca.

Reprimo sin piedad el impulso de salir corriendo, de esconderme. No hay forma de arreglar las pintas que llevo, y tratar de hacerlo no hará sino exponer lo incómoda que me siento ahora mismo. Así que, en su lugar, alzo la barbilla y me centro en relajar mi expresión facial.

—Entiendo —contesto.

Ella se me queda mirando unos segundos.

—Apolo está dentro con él ahora. Dudo que supiera que estabas de camino; te habría esperado.

Me da que no me voy a librar. Ya estoy aquí, ¿no? Pues solo falta cumplir con el resto de la misión. Levanto el archivador y lo sostengo como si fuera un escudo.

—Se ha dejado esto.

—Ah. —Echa un vistazo por encima del hombro al pasillo—. Bueno, pues te acompaño a la puerta.

—No es necesario, de verdad.

—Sí, sí que lo es. —Gira sobre sus talones y echamos a andar en la misma dirección—. Tal como están las cosas ahora mismo, he tenido que redoblar los refuerzos de seguridad. A decir verdad, no sé ni cómo has llegado hasta

aquí. Mi gente debería estar vigilando la entrada a los pisos superiores.

Eso explica lo del ascensor y por qué el tío aquel de la planta baja fue tan borde. Encojo un hombro y respondo:

—Soy bastante persuasiva.

—Más bien terrorífica —replica ella. La risa que suelta se me antoja tan feliz que hace que sienta una punzada de envidia en el pecho. No quiero lo que tiene Ares (el título, el poder, la responsabilidad), pero debe de ser agradable sentirte tan cómoda moviéndote por el mundo, con el convencimiento de que este cederá ante todos tus deseos.

No soy tan ingenua como para pensar que todo le llega con la facilidad que parece, pero es que yo las he pasado canutas toda la última década de mi vida. Cuando la gente me mira, no ve a una persona inocente. Me veo salpicada por la deshonra de mis padres, aunque no me lo merezca.

Tampoco importa demasiado. Me la suda lo que piensen de mí los pijos estos.

Incluyendo a Ares.

—Tu gente ha recibido un entrenamiento especial para este tipo de ocasiones —repongo—. Si no pueden conmigo, me da que tienes un problema gordo.

—Totalmente —conviene sin reparo alguno—. Por cierto, ¿Orfeo ha seguido molestándote?

Frunzo el ceño al oír el nombre del hermano de Apolo. ¿Qué tiene que ver Orfeo con nada? Pasa un buen rato hasta que al fin caigo: se refiere a la fiesta aquella en la que se portó como un capullo arrogante. Pero eso fue hace

meses. Sinceramente, me sorprende que se acuerde si-
quiera.

—No me preocupa Orfeo. —Puede que sea más alto
que yo, pero es un flojo. Podría destrozarle sin mover un
dedo.

—Si tú lo dices... Sé que es un tema sensible, al tratar-
se del hermano pequeño de Apolo.

Me río por la nariz. No puedo evitarlo.

—Apolo ya se ha desentendido de él, más o menos.
—Todo lo que puede desentenderse de alguien de su fami-
lia, vaya. Lo cual se traduce en que ha dejado de arreglar
los desastres que provoca Orfeo y le ha cortado el grifo del
dinero. Con lo mimado que lo tiene su madre, una inter-
vención así habría sido imposible si Apolo no fuera... bue-
no, Apolo—. Cuando se ponga las pilas, podrá hacer de
hijo pródigo y recuperar toda la atención de la que le pri-
van ahora. Tiene cosas más importantes de las que ocupar-
se como para ir detrás de una mujer que no le hace caso.

—Bueno, si en algún momento eso cambia, no dudes
en llamarme.

—Claro —miento. Ni en broma voy a fiarme de na-
die en esta ciudad dejada de la mano de los dioses. Si las
cosas se pusieran feas, Ares aseguraría su bienestar y sus
intereses mucho antes que ir a ayudar a nadie. Esperar
otra cosa es como esperar que a un pez le salgan alas y
eche a volar—. Lo haré.

—No, no lo vas a hacer. —Me dirige una sonrisa—.
Pero la oferta sigue en pie. Ya estamos. —Se detiene fren-
te a una enorme puerta oscura con una placa dorada con
el nombre de Zeus.

El Zeus actual es el hermano de Ares; el último fue su padre. Me cortaría las venas antes que tener que lidiar con alguno de los hombres que han ostentado el título desde que tengo uso de razón, pero aquí estoy. Ya es demasiado tarde para echarse atrás.

Me esfuerzo por evitar contener el aliento delante de Ares y llamo a la puerta.

Apolo es quien abre, así que me preparo mentalmente por otro motivo muy distinto: odio mirarlo. Es demasiado perfecto, fruto de su padre sueco y la modelo coreana que tiene por madre. Alto, ancho de espaldas, con el pelo negro cortado a la perfección y unos amables ojos oscuros. Estos últimos son los que siempre me sientan como una patada en el estómago.

Debería haber dimitido hace mucho tiempo.

Al ser su asistente ejecutiva, tengo acceso a una red de información que abarca todo Olimpo y más allá. Soy yo quien recopila los informes de las diversas fuentes y los analiza antes de pasárselos a Apolo con mis reflexiones al respecto. El trabajo es complejo, pero lo cierto es que lo disfruto. Aunque no lo admita nunca en voz alta.

Pero, por mucho que me guste lo que hago, esta atracción empieza a ser demasiado. Preferiría tener un trabajo de oficina que detestase antes que seguir teniendo... sentimientos... por mi jefe. Aunque los sentimientos en cuestión se resuman en puro deseo. Eso solo complica las cosas.

Sé de sobra lo que te acaba pasando cuando te relacionas con los Trece.

Mueres.

Le estampo el archivador contra el pecho.

—Te lo has dejado. —Mi voz sale demasiado áspera, demasiado borde. Él no me ha pedido que venga hasta aquí, pero me da vergüenza y es mucho más fácil refunfunar que admitirlo—. No soy tu chica de los recados, y esto cuenta como horas extra.

Apolo alza una ceja oscura.

—No hacía falta que vinieras hasta aquí, Casandra. Me las apaño sin esto.

No me cabe la menor duda. Es competente a niveles que asustan y se acuerda casi a la perfección de todo lo que ha leído. No habría tenido problema alguno para transmitir la información de los archivos sin tenerlos delante. Lo más probable es que solo los recopilara para Zeus.

Pero ha sido amable conmigo esta mañana.

Y yo soy una necia.

—De nada. —Me doy la vuelta—. Hasta luego.

—Casandra.

Lo ignoro y sigo andando. Si los ascensores no van más allá de la planta quince por motivos de seguridad, está claro que sí bajan desde aquí. Quieren evitar que la gente entre, no que salga. No voy a tener que quedarme sin respiración a mitad de la escalera ni rezar a los dioses para no toparme con nadie. Menos mal, mi orgullo no podría con ello.

—Casandra —repite Apolo, esta vez más cerca. Mierda, debería haberme imaginado que no iba a dejarlo pasar.

Suspiro y me detengo. Sería deshonroso para ambos

que siguiera persiguiéndome por el pasillo delante de Ares.

Apolo tiene las piernas más largas que yo, así que no tarda en llegar a mi lado. Hace una pausa antes de hablar.

—Gracias por traerme el archivador. Si puedes esperar unos minutos, yo ya estoy acabando. Te llevo a casa.

La tentación de decir que sí casi hace que me flaqueen las piernas. Ya he ido bastantes veces en coche con él de una reunión a otra a lo largo de estos años, por lo que sé cómo va. Se arrellanará en el asiento y se deshará el nudo de su corbata negra. No mucho. Lo suficiente para distraerme. Luego sacará el teléfono y me dejará sola con mis pensamientos.

Apolo no habla por hablar como hace alguna gente. Tampoco es el típico hombre serio y callado, solo es que no necesita llenar los momentos de silencio con parloteo insustancial. El trayecto a casa será cómodo y agradable, así que de ninguna manera puedo acceder. Una cosa es tener que sufrirlo durante la jornada laboral, cuando puedo decirme que no me queda otra, pero ¿en mi tiempo libre?

Ni en sueños.

—No hace falta —contesto.

Él me observa como si supiera que estoy siendo una cabezota sin motivo, pero es un hombre que respeta los límites, así que se limita a asentir.

—Guarda el recibo del taxi y cárgalo como gasto laboral.

Odio la ternura que me hace sentir lo considerado que es siempre. Apolo sabe de sobra lo justa de dinero

que voy —al fin y al cabo, su trabajo se basa en la información— y al mismo tiempo me conoce lo suficiente como para intuir que no acepto limosnas de ningún tipo. Ni de él ni de nadie. Porque un acto así nunca es desinteresado, siempre viene con condiciones.

Pero ¿un gasto laboral?

Mi orgullo puede aceptarlo.

—Vale.

—Nos vemos mañana, Cassandra. —La calidez de su tono de voz casi hace que frene en seco antes de forzarme a recordar que así es como le habla a todo el mundo.

Alguna que otra vez contesta cortante, pero lo cierto es que se toma muy a pecho aquello de «Más moscas se cazan con miel que con hiel». Sobre todo conmigo, como si pudiera ablandarme a base de puro encanto.

No es nada personal, y desde luego no es interés.

Mi inapropiada atracción es unilateral, por suerte.

Es cuestión de tiempo que me marche de esta condenada ciudad de una vez por todas. Lo último que necesito es verme enredada con uno de los Trece —otro de los Trece— antes de hacerlo.